

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 121.—BARCELONA 10 DE AGOSTO DE 1916



Barcos hospitales en el Main, junto a Gemünden

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

Abandonando la línea de fuego.—El Dniester.—Té al aire libre.—Przemysl

XXI

Contento con haber visto con mis propios ojos un combate—aunque pequeño—del nuevo tipo, es decir, de posiciones, sigo, la mirada en el suelo, al grupo que se aleja cada vez más de la línea de fuego. De la zona de fuego no salimos tan aprisa. Y, sin embargo, cuando éste ha quedado a nuestras espaldas, algunos de nuestros colegas siguen arrastrándose por el suelo, casi a gatas. Yo admiro un rato la agilidad que han adquirido y no puedo dejar pasar inadvertido el pensamiento sobre la facilidad con que el hombre desciende en la escala zoológica a un peldaño que sus antepasados han traspuesto há muchos millares de siglos, cuando a ello le impulsa el sentimiento íntimo de la conservación. Pero los restos de la lucha y el tronar lejano del cañón me recuerdan la guerra de nuevo. En mi mente veo millones de hombres que a la manera de los que acabo de observar se atacan furibundamente con la blanca bayoneta. ¿Conservación del individuo o conservación de la raza? ¿Es una contradicción? No, es el sentimiento de la primera, que el individualismo

moderno eleva a la conciencia de la necesidad de una solidaridad perfecta entre los miembros de una nación. A este estado de cosas ¿sucederá un día la conciencia de la unidad del género humano, traducible en la conservación de la especie...?

Allá abajo, a la izquierda, se desliza anchuroso el Dniester como una cinta de plata. Otras veces semeja una laguna de aguas estacionadas de reflejos azules, como aplastadas por la pesada atmósfera candente. Ya el sudor empieza a cubrir nuestras frentes. En la calzada esperan los autos. El aire, azotando nuestras caras, nos refresca agradablemente. A las tres p. m. llegamos a Mikolajov, donde tiene su asiento el Estado Mayor de la división n.º 17. Aceptamos la invitación de la oficialidad para el té. Un té al aire libre, amenizado por la banda del regimiento n.º 72, que es una delicia después de las emociones del día. Entre camaradas, en fin, todo es cordial y franco y nosotros somos camaradas de los soldados, ¡como que también los corresponsales corren peligro de la vida...!

Nuestro viaje continúa más tarde hacia Lemberg, donde aprovechamos el resto de la tarde en despedirnos de los jefes del II ejército, quienes nos han dispensado una acogida tan amable como hospitalaria. A la mañana siguiente, a las seis y media, abandonamos de nuevo Lemberg, esta vez definitivamente. Vamos en automóvil para poder detenernos en los lugares en que los combates últimos han dejado las huellas más marcadas. Así en Grodek y Mosciska. Nuestras estaciones son, por lo demás, de corta duración, así es que podemos entrar en Przemysl cuando el sol está a la mitad de su carrera.

En un café-restaurant almorzamos. Los comestibles son buenos y abundantes; sólo el pan es de una calidad ínfima, del color de los uniformes rusos. Quizás contribuye a dar buen gusto a la comida el hambre más que regular que nos acosa. El hostelero la ameniza, por otra parte, narrándonos los apuros, penas, trabajos, sustos, hambres y otros malos ratos que los acontecimientos guerreros han traído consigo, cerniéndolos sobre la ciudad a manos llenas. En octubre de 1914 sufrió el primer bombardeo, durante la primera circunvalación por los rusos. Apenas iniciada ésta envió el comandante ruso parlamentarios para tratar de la rendición y entrega de la plaza. La respuesta, concebida en cuatro palabras, rechazaba rotundamente la proposición enemiga. El día 3 de octubre principió el bombardeo de la plaza. Una orden del día proveniente del Zar ordenaba la ocupación de la fortaleza antes del 8. El comandante ruso estaba decidido a forzar las entradas de la plaza. El cañoneo era formidable, la artillería rusa no ahorra municiones; sin embargo, en la ciudad no se sufría, pues los proyectiles iban dirigidos contra los fuertes. El hostelero cuenta entonces cómo temblaban las calles y las casas al paso de las piezas de 30,5 cms., cómo antes de disparar éstas era preciso retirar las vidrieras de las casas y cuarteles de las cercanías, el agolpamiento de curiosos en los lugares de emplazamiento de esos monstruos de metal en los cuales ponían todos los habitantes sus esperanzas de salvación y, sobre todo, los desperfectos que sus proyectiles habían causado en el campo enemigo, destrucciones que él mismo había visto después. A un kilómetro de distancia del lugar en que antes se levantaba un viejo castillo se descubrían trozos de éste volados por las granadas de 30,5. Pero los intentos de asalto de los fuertes orientales, llevados a cabo por masas de hombres innumerables hacían dudar mucho de la resistencia prolongada de una guarnición reducida, sin esperanzas de recursos desde el exterior. Desde el día 6 sufrió y resistió un fuerte los ataques desesperados del sitiador, que duraron sin pausa tres días y tres noches. La nerviosidad causada por la espera constante de noticias fatales desfavorables batía los cuerpos y las almas de los habitantes pacíficos. Caer en manos de cosacos semisalvajes y desalmados les parecía la peor desgracia que les pudiera acaecer: con anticipación se sentían perdidos. El 9 y el 10, en fin, se produjeron los dos últimos ataques desesperados, casi incontenibles. Las tropas campales austro-húngaras se aproximaban a la ciudad por el lado del occidente. A los días de pesadumbre y terror siguió al fin el libertador. Los rusos levantaron el sitio y se situaron al oriente de Przemysl, en las faldas de los Cárpatos y en el río

Strviaz. Nuevas tropas austriacas entraron en la ciudad en medio del júbilo indecible de los encerrados hasta entonces.

Mas esta posesión indiscutida de Przemysl por los austriacos no debía durar largo tiempo. Desde el 6 de noviembre empiezan a atravesar las calles de Przemysl las tropas de Francisco José en dirección de occidente. El 10 del mismo está la plaza de nuevo rodeada de tropas rusas.

Por el momento tienen bastante que hacer en los combates de Lomanovo-Lapanov y se contentan con mantener el asedio de la plaza, sin atacarla formalmente. Sólo en enero disponen nuevamente de fuerzas para llevarlo a cabo. Y alrededor de los fuertes se desarrolla un combate lento, indeciso, de tres meses. Los rusos embisten con la plenitud de sus fuerzas; la valerosa guarnición se defiende con denuedo admirable y aún encuentra fuerzas para intentar el rompimiento del cerco repetidas veces, las unas con éxitos a medias, las más sin conseguir ventaja alguna. Al fin, sangrados hasta el exceso, faltos de municiones, y, sobre todo, de víveres, hubieron de rendirse, después de destruir todos los fuertes y el armamento restante. Era el 22 de marzo, después de cuatro meses y medio de sitio.

Al principio del sitio todo iba bien y alegre dentro de la ciudad. De cuando en cuando se dejaba oír el disparo aislado de los cañones o preocupaba los espíritus el resultado que pudiera tener algún intento de rompimiento del cerco, emprendido, más que con deseos de salir, con el de hacer mal al sitiador debilitándolo. Los domingos daba serenata una banda de música en el «Ringplats» y se dieron algunos conciertos. Había que abastecer a una crecida población, pues de los 60.000 habitantes de la ciudad habían permanecido en ella hasta una mitad: ¡demasiadas bocas inútiles que llenar! La autoridad militar tuvo que hacerse cargo de los comestibles para repartirlos equitativamente y con medida. Tarjetas fueron repartidas, bonos a cambio de los cuales recibía todo el mundo su porción en la intendencia naturalmente, en estas y otras relaciones se desarrolló una amistad y hasta compañerismo grande entre militares y civiles. La situación tranquila empezaba a ser monótona a fuerza de durar. Apenas si el esparcimiento de la noticia de liberación, repetida en oportunidad de cada fecha especial: Noche Buena, Año Nuevo, etc., hacía de tiempo en tiempo saltar el corazón y variar la plática. Los víveres escaseaban y era preciso medirlos. En especial la carne se había terminado por completo. Hubo que sustituirla; fué la primera variante de importancia. La carne de caballo hizo su entrada en las mesas a mediados de diciembre. Cuatro cocinas públicas fueron abiertas, que repartían diariamente alimentos a 3.000 personas: carne de caballo, arroz, café, azúcar y manteca.

Rusos y austriacos tenían una fuente común para el agua; los aguadores tenían que ir desarmados por ella; se entablaban conversaciones entre unos y otros. De ahí que los rusos llegaran a saber que los austriacos comían carne de caballo. Desde el día siguiente se escuchaba, proveniente de las trincheras rusas, un relinchar sarcástico y prolongado. Para componer este chiste, obsequiaron los rusos de un foso a los austriacos del foso fronterizo con azúcar y pan en la Noche Buena.

Luego pasaron días, semanas... y sólo se escuchó al fin el bombardear de los fuertes por la artillería rusa. Pronto se habían acostumbrado los nervios a los disparos y se tendían en la espera: ¡Socorro! La segunda mitad de febrero lo esperaban de los Cárpatos, hasta que la prolongación de la espera transformó aquella en apatía. Fueron los días más duros del encierro. En marzo disminuían cada día las raciones. El enervamiento, un momento detenido por la conciencia de la acción despertada por la privación física, apresuró su paso. El 18 de marzo se dijo que sólo quedaba provisión para tres días escasos. La guarnición intentó un último esfuerzo por romper el cerco: en vano. Ahora bombardearon los rusos la ciudad misma del 19 al 21. El último asalto, granadas en la ciudad, y los espíritus volvieron a revivir.

Pero los cuerpos pasaron de un señor a otro. Los austriacos desfilaron, abandonando la ciudad y sus fuertes destrozados, en un triste convoy. Los rusos entraron con el mayor júbilo, formando un contraste que daba materia a la meditación y al recogimiento. Sin embargo, a este estado de ánimo quebrantado había precedido un momento de expansión, cuando los fuertes y defensas de toda naturaleza volaron por los aires, llenando el alma de satisfacción.

A la entrada del enemigo se portó la población muy tranquila y seria. Los rusos se condujeron a su vez, asaz convenientemente. Maltrato de los habitantes y saqueo o pillaje eran castigados con pena de muerte. Nuestro hostelero sólo sabe de dos casos en que la pena se aplicara. Los registros domiciliarios, llevados a cabo por la noche o por las mañanas, en busca de armas o soldados, fueron la única incomodidad, por la manera brusca con que se celebraban. En general se preparaba a la población para una proyectada anexión de la región de Przemysl al Imperio ruso. Un obispo de luengos cabellos y barba debía iniciar la conversión de los habitantes católicos a la fe griega. En cuanto a los judíos,—la mayor parte de la población—se renunciaba desde luego a su conversión o sujeción: el diez de mayo fueron todos los judíos arrojados de la ciudad con sólo dos excepciones. En la población sólo quedaron 8.000 personas, polacos. Los rusos trajeron consigo alimentos suficientes; pero eran vendidos muy caros, en cuanto se inventó un cambio de la moneda austriaca que hacía subir en el tercio el valor de la rusa.

El 23 de abril, visitó el Zar, en compañía del Gran Duque Nicolás Nicolajevitch, la futura capital del último Gobierno de sus reinos. Para probar la adhesión de los nuevos súbditos se ordenó el adorno de la ciudad y el recibimiento «entusiasta» de todos los habitantes. Mas luego vino contraorden. Todo el mundo debía permanecer en sus casas y guardar la mayor tranquilidad. Sólo los alumnos de las escuelas: dos cortas filas en medio de las cuales pasaron a toda velocidad los automóviles del Zar y su escolta. Después se contaba que el Zar no había estado en la ciudad.

Con todo, el señorío ruso no debía durar aquí tampoco largo tiempo. Desde fines de mayo se dejó oír el disparo de las baterías de los aliados, destruyendo de un golpe todas las utopías de los ocupantes. También destruyeron, al mismo tiempo, unas dos docenas de casas de la ciudad y mataron algunos habitantes. Fué el bombardeo bajo el cual sufrió

más la ciudad. El 2 de junio vió la salida de los rusos con todo cuanto tenían. El 3, la entrada, al fin, de los libertadores y el júbilo indecible con que fueron recibidos por la población.

Daños materiales no tiene muchos que lamentar Przemysl. Fuera de las casas destruídas por las granadas austro-alemanas, los puentes y algunos edificios en el barrio de la estación que pusieron en llamas los rusos antes de salir, la ciudad se levanta allí completa, como lo estuvo antes. De esto nos podemos cerciorar en un paseo rápido por las calles después del almuerzo. Enseguida fuimos a visitar los fuertes de la fortaleza.

O, más bien, sus restos; pues ninguno está incólume de pie sobre sus fundamentos.

La mayor parte de los desperfectos son obra de la guarnición austriaca, que voló los fuertes antes de entregarlos al enemigo. Lo demás lo hicieron los obuses de 42 cms.

El fuerte n.º 10 (Dunkovizski) es seguramente el más destrozado. Guárdanlo ahora guardias de la Landsturm alemana. En un foso abierto por un proyectil de 42 cms. yacen los cadáveres de 350 rusos. Al lado, un casco alemán enmohecido sobre una tosca cruz de madera. Dentro, en las casamatas (ahora más ventiladas que de costumbre, por las aberturas que hicieran los proyectiles) hace fresco y está obscuro, la voz resuena como en una catacumba. En estas oscuras prisiones subterráneas, que han prestado asilo asfixiante durante tantos meses a los defensores, no han dejado las granadas, con sus explosiones sordas y destructoras, nada en reposo. Todo ha cambiado de lugar, después de desunirse en trozos informes. ¡La cubierta de hormigón de dos metros de grueso que cubría la cúpula no fué obstáculo alguno a un proyectil de 42 cms.!

El fuerte n.º 9 no cede al anterior en nada, en cuanto a destrucción y ruina. El fuerte fué volado por un ingeniero austriaco, con tal maestría, que no se ve ahora sino un montón de piedras, que obstruyen las entradas de las casamatas. Al occidente del fuerte corre un foso que fortificaron los rusos. Aquí es interesante seguir la vía que los soldados bávaros recorrieron por entre los obstáculos, al asaltar las posiciones en junio último. Una brecha entre los estorbos muestra marcadamente su trayecto arriesgado.

Los demás fuertes están en condiciones semejantes. Sirvan las anteriores descripciones de ejemplos.

Terminada nuestra visita, abandonamos Przemysl, para transportarnos a Jaroslau.

J. C. GUERRERO

LA BATALLA NAVAL DEL SKAGER RAK

(Parte oficial del almirante Jellicoe)

La flota alemana de alta mar entró en combate con nuestras fuerzas el 31 de mayo, 1916, al O. del Banco de Jutlandia, en la costa de Dinamarca.

Los barcos de la gran escuadra, prosiguiendo la política general de explorar periódicamente el mar del Norte, zarparon de sus bases el día anterior, con sujeción a mis instrucciones.

A primera hora de la tarde del 31 de mayo,

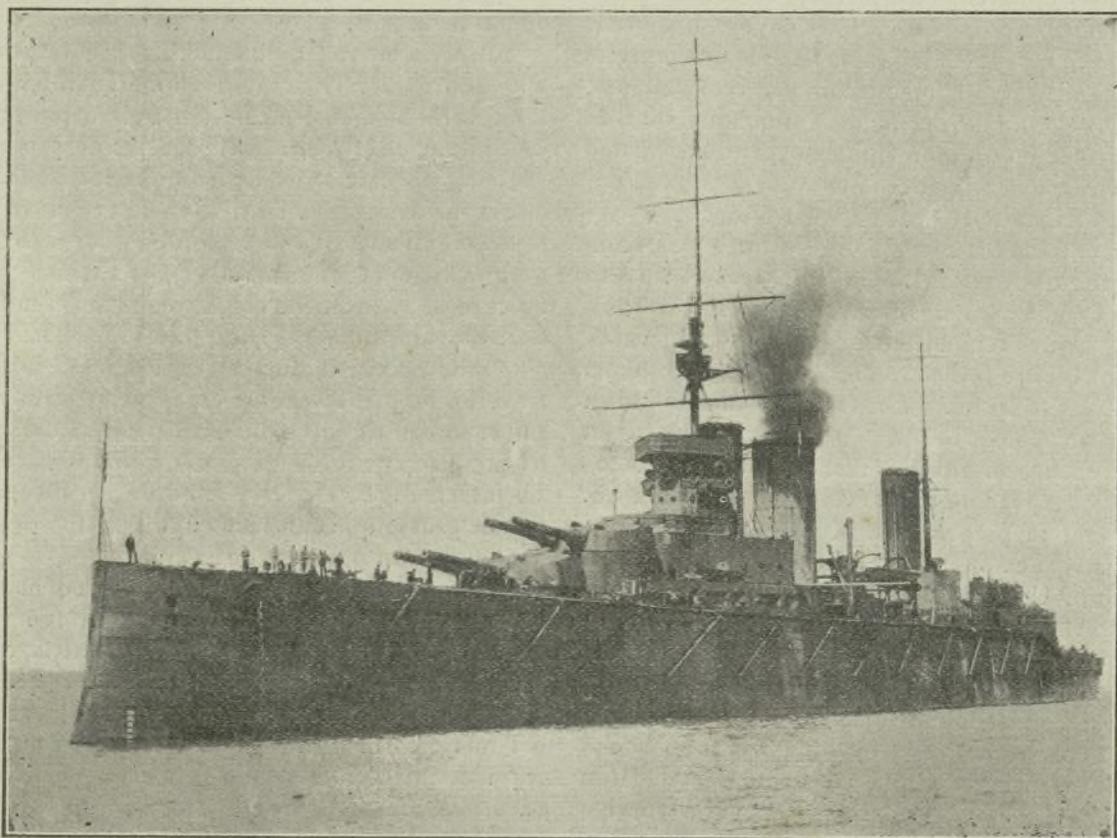
las I y II escuadras de cruceros de batalla, las I, II y III escuadras de cruceros ligeros, y destroyers de las 1.^a, 9.^a, 10.^a y 13.^a flotillas, apoyados por la V escuadra de batalla se encontraban, obedeciendo mis órdenes, explorando al S. de la escuadra de batalla, que iba acompañada por la III escuadra de cruceros de batalla, las I y II escuadras de cruceros, la IV de cruceros ligeros y las 4.^a, 11.^a y 12.^a flotillas de destroyers.

La reunión de la flota de batalla con las fuerzas exploradoras, luego de haber sido descubierto el enemigo, se demoró a causa de la dirección S. tomada por las fuerzas avanzadas después de la primera hora de combate con los cruceros enemigos de batalla. Esto fué inevitable, porque si nuestros cruceros de batalla no hubiesen seguido al enemigo ha-

y la avisada por el *Lion*, que era inevitable en aquellas circunstancias, aumentó la incertidumbre de la situación general.

Poco después de las 5.55, varios de los cruceros de cabeza se vió que entraban en acción, y los partes recibidos indicaron que el *Defence* y el *Warrior*, de la I escuadra de cruceros, se empeñaban contra un crucero ligero enemigo, que más tarde se observó cómo se hundía.

A las 6, el *Canterbury*, que iba con la III escuadra de cruceros de batalla, trabó combate con los cruceros ligeros enemigos, que disparaban furiosamente contra los destroyers *Shark*, *Acasta* y *Christopher*; el *Shark* se fué a pique. A las 6, algunos barcos, que luego vimos eran nuestros cruceros de batalla, fueron descubiertos por el *Marlborough* a



El crucero de batalla inglés «Queen Mary», hundido el 31 de mayo

cia el S., la flota principal no habría llegado a establecer el contacto.

La flota de cruceros de batalla, valientemente mandada por el vice-almirante Sir David Beatty, y admirablemente apoyada por los barcos de la V escuadra de batalla, mandada por el contra-almirante Hugh Evans Thomas, trabó un combate, en ocasiones en circunstancias desfavorables, especialmente en lo que concierne a la luz, pero se mantuvo digna de las mejores tradiciones de la marina.

(Sigue un amplio extracto del parte del vice-almirante Beatty).

A las 5.45, el tronar del cañón llegó a mis oídos, y a las 5.55 se hicieron visibles los fogonazos de los barcos de cabeza, aunque éstos no se distinguían por causa de la niebla y no se podía determinar la posición de los barcos de batalla enemigos. La diferencia entre la posición anunciada por el *Iron Duke*

estribor de la flota de batalla. Al mismo tiempo, el vice-almirante que mandaba la flota de cruceros de batalla, me hizo saber la posición de los cruceros de batalla enemigos, y a las 6.14 me indicó la posición de la flota de batalla alemana.

En este período, cuando la flota de batalla se estaba incorporando a los cruceros de batalla y a la V escuadra de batalla, fué menester observar grandes precauciones para que nuestros propios barcos no fuesen confundidos con los del adversario. Formé la flota de batalla en línea de batalla, y durante el despliegue comenzó la acción. Entre tanto, Sir David Beatty había formado los cruceros de batalla en cabeza de la flota de batalla.

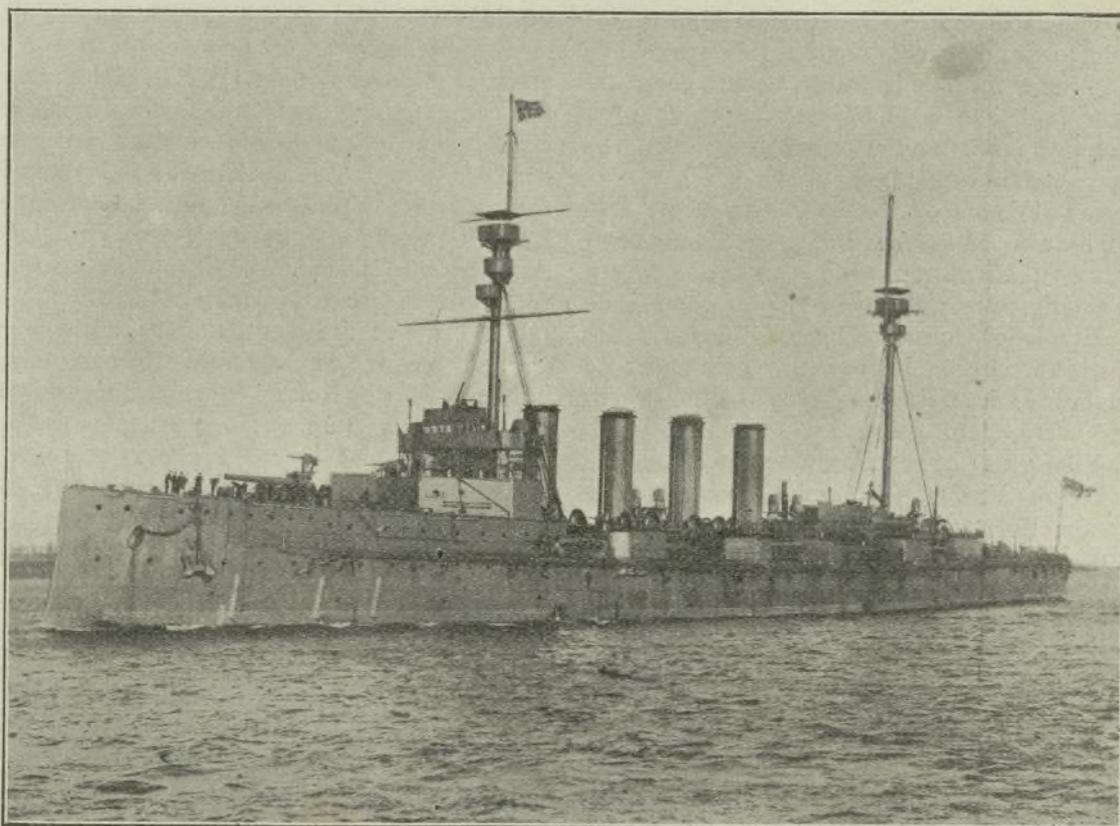
A las 6.16, el *Defence* y el *Warrior* se retiraron por entre las flotas de batalla británica y alemana, bajo un violento fuego. El *Defence* desapareció y el *Warrior* pasó desarbolado a retaguardia,

Es probable que el contra-almirante Arbuthnot, durante este encuentro con los cruceros ligeros enemigos, y llevado de su deseo de completar su destrucción, no advirtiera la llegada de las grandes unidades enemigas, debido a la niebla, hasta que se encontró frente a la flota principal, y, antes de que pudiera retirarse, sus barcos quedaron sujetos a un fuego violento. No se sabe si el *Black Prince*, de la misma escuadra, se fué a pique, pero se recibió un radiograma de él entre 8 y 9.

La primera escuadra de batalla se empeñó mientras desplegaba, abriendo el fuego a las 6.17 contra un acorazado del tipo *Kaiser*. Las otras escuadras de batalla, que antes habían disparado contra los cruceros ligeros enemigos, abrieron el fuego a las 6.30 sobre acorazados de la clase del *Koenig*.

mitentemente desde las 6.17 a las 8.20, a distancias comprendidas entre 8,000 y 11,000 metros; en este período, la flota británica cambió varias veces el rumbo para acercarse más al enemigo. Éste se mantuvo siempre alejado, y abrió el fuego bajo la protección de los ataques de sus destroyers y de las cortinas de humo que molestaban el tiro británico; las modificaciones en el rumbo tuvieron como resultado el empeorar la posición de la flota británica (que había comenzado el combate en una situación ventajosa, sobre la proa del enemigo), pero al mismo tiempo, nos colocó entre el enemigo y sus bases.

A las 6.55, el *Iron Duke* socorrió al *Invincible*, apoyado por el *Badger*. Durante los breves períodos en que los barcos de la flota de alta mar se hicieron visibles a través de la niebla, la violencia y precisión



El crucero acorazado inglés «Warrior», hundido el 31 de mayo

A las 6.6, el contra-almirante jefe de la V escuadra de batalla, a la sazón reunida con los cruceros de batalla, descubrió las divisiones de ala de la flota de batalla, y su primera intención fué formar en cabeza del resto de la flota de batalla, pero al tomar esta dirección de despliegue hubo de situarse a popa, maniobra muy bien ejecutada bajo el fuego enemigo. Un accidente en el timón del *Warspite* le dejó temporalmente sin gobierno y el barco derivó hacia la línea enemiga, tiempo en el cual recibió varias granadas. Por fin, maniobrando hábilmente, el barco salió de aquella peligrosa situación.

A consecuencia principalmente de la niebla y en parte por el humo, sólo se veían algunos barcos de la línea enemiga. Desde la vanguardia pudieron verse cuatro o cinco; algunos más desde la retaguardia, pero nunca más de ocho a doce.

El combate entre las flotas de batalla duró inter-

del tiro de nuestros acorazados y cruceros de batalla me produjeron gran satisfacción, y vimos que los barcos enemigos eran continuamente tocados, habiéndose retirado alguno de la línea, y uno, por lo menos, se fué a pique. El fuego del enemigo en este período no fué eficaz, y los daños infligidos a nuestros barcos, insignificantes.

Como se preveía, la flota alemana puso mucha confianza en los torpedos, favorecida por la poca visibilidad y por el hecho de que nosotros habíamos llegado en la formación de «caza». Al parecer, disparó un gran número de torpedos, de los cuales sólo uno dió en el blanco (el *Marlborough*), pero el barco pudo permanecer en la línea y continuar la lucha. Los esfuerzos del enemigo para mantenerse fuera del alcance eficaz de los cañones, fueron favorecidos por las condiciones del tiempo, ideales en este concepto. El enemigo ejecutó dos ataques de destroyers.

La primera escuadra de batalla—vice-almirante Burney—entró en combate a las 6.17 con la III escuadra de batalla enemiga, a 10,000 metros, y la castigó severamente, tanto a los acorazados, como a los cruceros de batalla y ligeros. El tiro del *Marlborough* fué muy rápido y eficaz. Este barco comenzó a las 6.17, disparando siete andanadas a un barco de la clase del *Kaiser*, se batió luego con un crucero, de nuevo con un acorazado, y a las 6.54 fué herido por un torpedo, que le abrió una gran vía de agua en el lado de estribor, pero volvió de nuevo a romper el fuego a las 7.3 contra un crucero, y a las 7.12 descargó catorce rápidas andanadas contra un barco de la clase del *König*, alcanzándole varias veces hasta obligarle a salir de la línea. La ejecución de este fuego, pese a las desventajas de la avería causada por el torpedo, es digna del mayor elogio y sirve de buen ejemplo a la escuadra.

La distancia disminuyó hasta 8,000 metros. La primera escuadra de batalla recibió más proyectiles enemigos que el resto de la flota, con excepción de la V escuadra de batalla. El *Colossus* fué herido, pero no seriamente averiado, y otros barcos también recibieron proyectiles con alguna frecuencia.

Contra la IV escuadra de batalla—en la que formaba mi barco-insignia, *Iron-Duke*,—el enemigo empuñó una escuadra de barcos de las clases *König* y *Kaiser*, y algunos cruceros de batalla, así como cruceros desarbolados y cruceros ligeros. La niebla dificultaba la apreciación de distancias, pero el tiro de la escuadra fué eficaz. El *Iron Duke* se batió primero con un crucero ligero, y a las 6.30 con un acorazado del tipo *König*, a 11,000 metros. Este último se inclinó sobre una borda y se alejó. La rapidez con que se corrigió el tiro acredita la pericia de la dotación.

El fuego de otros barcos de la escuadra se dirigió principalmente contra los cruceros de batalla enemigos y otros cruceros, a medida que aparecían entre la niebla.

Los barcos de la II escuadra de batalla—almirante Jerram—lucharon con unidades de las clases *Kaiser* y *Koenig*, entre 6.30 y 7.20, así como con un acorazado de batalla, que se retiró, al parecer con graves averías.

Durante la acción entre las flotas de batalla, la II escuadra de cruceros, hábilmente mandada por el contra-almirante Heat, reforzada con el *Duke of Edinburgh*, de la I escuadra de cruceros, ocupó una posición en el ala y obró como enlace entre la flota de batalla y la de cruceros de batalla. Esta escuadra, aunque prestó útiles servicios, no tuvo ocasión de entrar en fuego.

Los cruceros agregados *Boadicea*, *Active*, *Blanche* y *Bellona*, cumplieron su deber de avisos con notable rapidez y exactitud, en difíciles condiciones.

La IV escuadra de cruceros ligeros ocupó una posición en el ala hasta que dispuso el ataque a los destroyers enemigos, a las 7.20, y a las 8.20 repitió la maniobra, apoyando a la 11.^a flotilla. Alcanzó su objeto, aunque con alguna pérdida en el segundo ataque, por haber caído los barcos bajo el violento fuego de la flota de batalla enemiga, a distancia de 6,000 a 7,000 metros. El *Calliope* fué alcanzado varias veces, aunque sin recibir grave daño. Los cruceros ligeros atacaron, en este período, con sus torpedos a los acorazados enemigos, y se vió una explo-

sión, a las 8.40, a bordo de una unidad del tipo *Kaiser*. Durante estos ataques de destroyers, cuatro barcos enemigos de este tipo fueron echados a pique por los disparos de los acorazados, cruceros ligeros y destroyers.

Después de la llegada de la flota británica de batalla, la táctica del enemigo consistió en rehuir el combate, favoreciéndole las condiciones de visibilidad.

A las 9 había desaparecido el enemigo, y la amenaza de los ataques de destroyers durante la noche, que se acercaba rápidamente, me obligó a tomar medidas de seguridad, a la vez que me disponía a reanudar la batalla al amanecer. En consecuencia, maniobré para quedar entre el enemigo y sus bases, colocando nuestras flotillas de modo que pudieran proteger a la flota contra las acometidas de los destroyers, y al mismo tiempo para que pudieran atacar a las grandes unidades enemigas si se presentaba ocasión.

Durante la noche, los grandes barcos no fueron atacados, pero las flotillas IV, XI y XII libraron varios combates con éxito, infligiendo duras pérdidas al enemigo. En uno de estos ataques sufrió severas pérdidas la IV flotilla, incluyendo al *Tipperary*. Dos torpedos se vió cómo herían a los barcos enemigos, lanzado uno por el *Spitfire* y el otro por el *Ardent*, *Ambuscade* o *Garland*.

El ataque ejecutado por la 12.^a flotilla fué admirable. La escuadra atacada, que consistía en seis grandes navíos, con cruceros ligeros, incluyendo unidades del tipo *Kaiser*, fué cogida por sorpresa. Se dispararon gran número de torpedos, varios de ellos a los barcos de las líneas segunda y tercera; el tercer barco hizo explosión. Veinte minutos después tuvo lugar un segundo ataque, por el *Macnad*, contra los cinco barcos que aún quedaban, y el cuarto de la fila fué alcanzado.

Los destroyers se expusieron a un vivo fuego de los cruceros ligeros cuando regresaban a la línea, pero el *Onslangth* fué el único que recibió averías.

Durante el ataque emprendido por la 11.^a flotilla, el *Castor*, que iba en cabeza, hundió un destroyer enemigo a muy corta distancia.

Aparte de las acciones de las flotillas, la II escuadra de cruceros ligeros, a retaguardia de la flota de batalla, se batió durante 15 minutos, a las 10.20, con una escuadra compuesta de un crucero y cuatro cruceros ligeros; el *Southampton* y el *Dublin* sufrieron fuertes pérdidas, aunque sin detrimento de sus cualidades de navegación y combate. El fuego de la escuadra fué, al parecer, muy eficaz.

El *Abdiel* cumplió sus deberes con el mismo celo de siempre.

Al amanecer del 1.^o de junio, la flota de batalla, que se encontraba al S. y al O. del Horn Reef, puso la proa al N. en busca del enemigo y con el propósito de reunir a nuestros cruceros y destroyers. A las 2.30, el vice-almirante Burney transfirió su insignia desde el *Marlborough* al *Revenge*, porque aquel barco tenía dificultad en seguir la marcha de la escuadra. Dispuse que el *Marlborough* se retirase a su base, y durante el viaje repelió el ataque de un submarino enemigo. La visibilidad (tres o cuatro millas) en la madrugada del 1.^o de junio, era menor que el 31 de mayo, y los destroyers, fuera de la vista, no se concentraron hasta las 9.

La flota británica permaneció en la proximidad del teatro de la lucha y cerca de la ruta a los puertos alemanes hasta las 11, a despecho de la gran distancia a que se encontraba de sus bases y del peligro de navegar en aguas inmediatas al litoral enemigo, expuestas a los ataques de submarinos y torpederos. El enemigo, sin embargo, no dió señales de existencia, y yo tuve que aceptar la conclusión que su flota de alta mar había regresado al puerto. Los hechos probaron después esta verdad. Nuestra posición debió ser conocida por el enemigo, porque a las 4 la flota descubrió un zeppelin, que se mantuvo a la vista cinco minutos y tuvo tiempo de observar y transmitir la posición y ruta de la flota británica.

Fueron exploradas las aguas en la latitud del Horn Reef, y recogimos algunos sobrevivientes de los destroyers *Ardent*, *Fortune* y *Tipperary*; el *Sparrowhawk*, que había sido abordado por otro barco, no podía navegar, y lo echamos a pique después de recoger a su tripulación. Se veían sobre el mar muchos restos de barcos, pero no buques enemigos, y a la 1.15 de la tarde, siendo evidente que la flota alemana había conseguido ganar sus puertos, navegamos hacia nuestras bases, donde entramos sin más incidentes el 2 de junio. Destaqué una escuadra de cruceros en busca del *Warrior*, que había sido abandonado cuando al *Engadine* lo conducía a remolque, a causa del mal estado en que se encontraba, pero no se vieron vestigios de él, y como tampoco fué hallado por una segunda escuadra de cruceros ligeros, es evidente que se hundió.

Las condiciones de escasa visibilidad en que se riñó la batalla y la aproximación de la noche, dificultan el dar una relación de los daños causados al enemigo y detallar los barcos hundidos por nuestras fuerzas; pero después de las manifestaciones de todos los oficiales, soy de opinión que la lista es un mínimo, aunque tal vez no es exacta en lo que concierne a los tipos de barcos, especialmente los echados a pique durante los ataques nocturnos. Además de los hundidos, es indiscutible que otros muchos recibieron graves averías por el fuego de cañón y los torpedos.

Lamento profundamente la pérdida del *Queen Mary*, *Indefatigable*, *Invincible*, *Defence*, *Black Prince* y *Warrior*, y de los destroyers *Tipperary*, *Ardent*, *Fortune*, *Shark*, *Sparrowhawk*, *Nestor*, *Nomad* y *Turbulent*, así como la muerte de muchos oficiales y marineros. Unos y otros se condujeron con gran bravura, y su muerte es llorada por todos sus camaradas de la gran flota. Cayeron en el cumplimiento de su deber, muerte que ellos eran los primeros en desear.

El enemigo combatió con el valor que se esperaba. Admiramos, en particular, la conducta de los que tripulaban un crucero ligero alemán, desarbolado, que cruzó la línea británica poco después del despliegue de ésta, bajo un fuego violento, al que respondía con el único cañón que le quedaba en servicio.

(Siguen largos párrafos de elogio a los almirantes, tripulaciones y diferentes servicios de la escuadra, y termina el parte con la siguiente lista de barcos alemanes «puestos fuera de combate» en la batalla del 31 de mayo y 1.º de junio: dos acorazados, tipo dreadnought; un acorazado, tipo *Deutschland*; un crucero

de batalla; un acorazado, tipo dreadnought; un crucero de batalla; los tres primeros se afirma que se fueron a pique y los otros tres recibieron graves averías; además, cinco cruceros ligeros, hundidos; seis destroyers, hundidos, y dos destroyers, averiados; y un submarino, hundido. Esta lista es mayor que la relación oficial de las pérdidas alemanas).

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¡Por fin, de acuerdo!

—¡Hola, señor de la «división de hierro»! ¿Cuántas veces se ha comido V. cruda a la guardia alemana, que nunca acaba de fenecer? ¡Parece que es un alimento indigesto, que se repite, sobre todo a las naturalezas agotadas, caducas!

(El señor A).—Entra V. mordiéndolo, don Subrio. Llega antes la banderilla que el saludo. ¿Es que no hemos de hablar jamás en serio?

(El señor B).—Eso es lo que yo digo; ¿qué le habrá dado a don Subrio con nosotros?

—¿Cómo es posible la seriedad, estando con nosotros ese tremendo ironista que se llama mister B, que las mata callando y se queda hasta con la sombra ajena?

(El señor B).—¡A mí, el hombre más infeliz y cándido de la tierra...!

—¡Arrea! Se califica V. de infeliz y cándido; guarde V. a ver si llevo bien cerrado el bolsillo. No se ofenda, es una figura retórica.

(El señor A).—Porque es lo cierto que los tiempos no son propios para que lo echemos todo a risa y nos entretengamos en juegos de palabras y ridiculeces.

—Estoy dispuesto, ahora mismo, a mostrarme más serio que un ruso, pero cuantas veces lo he intentado he fracasado. A ustedes hay que tomarlos a chacota o empalarlos, por imposibles y lunáticos; pero, en fin, hagamos la prueba.

(El señor A).—No me negará V., don Subrio, que los avances franceses...

(El señor B).—E ingleses.

(El señor A).—...confirman la decadencia germánica, y que, por consiguiente, ya nadie puede dudar de nuestra victoria inmediata y rápida.

—¿Cómo nos vamos a entender, si empieza V. como D. Quijote el de Avellaneda, es decir, como Monsieur Don Quichotte? Adelantan ustedes un pie y se juzgan al término de la jornada; olvidan que pertenecen ustedes al linaje de invadidos y sueñan con el Rhin, el Oder y hasta el Sprée. Eso no es discurrir: es fantasear. Consecuencia: o tengo que aplicarle un sinapismo para despejarle la cabeza, o le he de tomar en broma y divertirme como pueda. ¿No le parece a V., señor B?

(El señor B).—Hay que perdonar esa poca exageración de los discursos del señor A. Ha dicho V. muy bien que pertenece al linaje de los invadidos, y es natural que se obceque y que sus deseos le lleven más allá de la realidad. Verá V., en cambio, cómo a mí no me podrá V. tildar de desequilibrado. Alemania ocupa todavía una posición ventajosa en tierra; ello era debido a que faltaba el contrapeso británico, que se está ejerciendo ya; pero, aunque así no fuera,

como el dominio de los mares ha de ser el factor decisivo en esta guerra, y no hay escuadra en el mundo capaz de medirse con la británica...

—Será en el nuevo mundo, porque en el antiguo existe otra que es un terrible substraendo de la famosa. ¡Cada loco con su tema! Tampoco me puedo entender con V. No conciben ustedes los hechos sin aderezarlos con consecuencias fantásticas, y como es natural, aquellos quedan desvirtuados desde el primer momento. Sentemos hechos y sólo hechos, y verán ustedes qué pronto nos ponemos de acuerdo.

(El señor A).—¡Muy bien! Los franco-ingleses han avanzado en el Somme; ¿es verdad?

—¡Verdad es! Y también es cierto que han avanzado en Francia, y que lo que les ha costado un mes de reconquistar, lo ganaron los alemanes en veinticuatro horas.

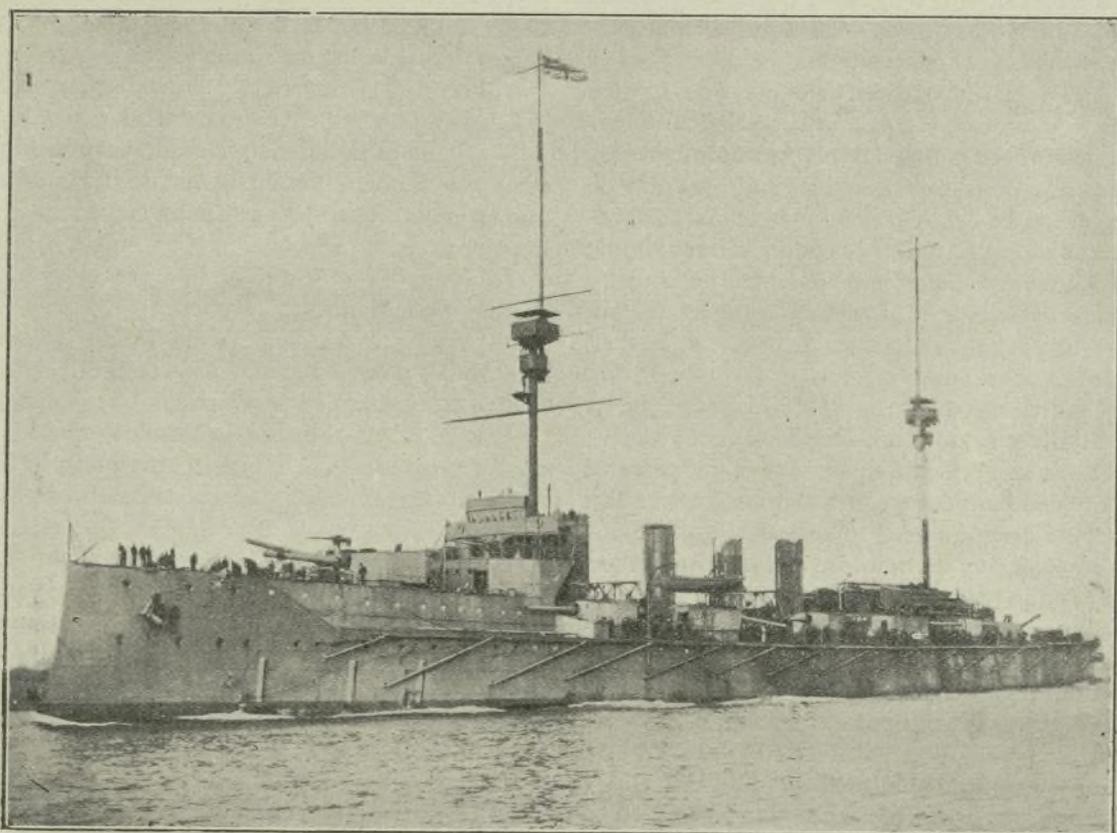
puedo seguirle. Lo que ocurrirá, sólo Dios lo sabe. Lo innegable es que en el primer mes de operaciones contra Verdun, los alemanes se apoderaron de doble terreno que el perdido en el Somme, a pesar de que allí había la mejor fortaleza de Francia y en el Somme nada. Si yo ahora me pongo a deducir consecuencias, verá V. que no armonizan con las de usted.

(El señor A).—¿Niega V. la posibilidad de que arrojemos de Francia al invasor?

—¿A cuál de los dos? Es menester que concrete usted. Si se refiere V. a los ingleses, pregúntele al señor B; mi opinión es que no les echarán ustedes, a no ser que se alien...

(El señor A).—¡No blasfeme V.! No le preocupen los ingleses; nos referimos a los alemanes.

—Pues bien, sí, admito la posibilidad de que lle-



El crucero acorazado inglés «Black Prince», hundido el 31 de mayo

(El señor A).—Los alemanes no han podido contener el ataque. ¿Será lícito suponer que a este ataque sigan otros y otros hasta echar de Francia al invasor?

—¿Ha calculado V. cuántos ataques como ese serán necesarios para libertar todo el territorio ocupado? Según mis cuentas, serán precisas 400 batallas, de un mes de duración, para que los alemanes lleguen a la frontera belga. 400 batallas a 50.000 bajas —¿nada más que 50.000?— dan 20.000,000 de bajas, y no creo que entre franceses e ingleses haya veinte millones de soldados.

(El señor A).—Pero como el defensor sufre pérdidas tremendas, quedará agotado antes que nosotros, y diez batallas bastarán para que se rinda a discreción.

—Entra V. en el terreno de las hipótesis, y ya no

güen ustedes a la frontera belga; pero ¿me quiere V. decir qué fuerzas les quedarán aquel día? ¿Cómo se apoderarán ustedes de Namur, Lieja, Amberes, Metz, si están contemplando lo que acontece en Verdun? ¿De dónde van ustedes a sacar los hombres, los cañones y las municiones?

(El señor A).—Una vez redimido nuestro territorio, la victoria será nuestra.

—No; eso lo que querrá decir es que vuelven ustedes a su anterior estado, pero los alemanes, dueños de Bélgica, Curlandia, Lituania y Polonia, esperarán sentados que vayan ustedes a buscarlas; para entonces, dado el porcentaje de nacimientos de los diversos países, por cada francés habrá media docena de alemanes.

(El señor A).—Lo que nosotros hagamos en Francia, lo harán los rusos en Curlandia...

—¿Y los belgas en Bélgica? Vamos, hombre, no me haga V. reír.

(El señor B).—De la reconquista de Bélgica se encargarán los ingleses.

—¡Ah! Siendo así, estoy tranquilo por los alemanes. En cambio ¡pobres belgas! Vaya, no prosigan ustedes, porque no nos entenderemos jamás. Hace dos años que los alemanes se trasladaron al extranjero y aún no ha salido el guapo que les expulse.

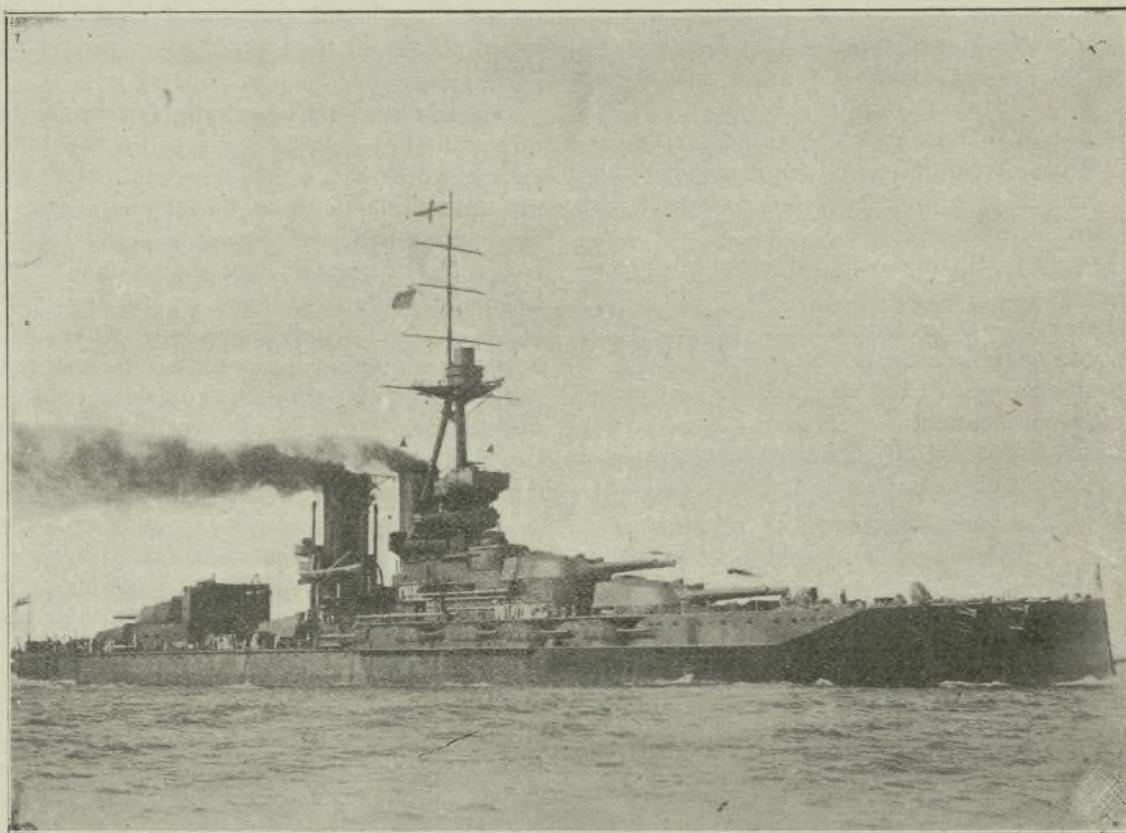
(El señor B).—Eso mismo digo yo de los italianos, instalados en suelo austriaco.

—Menos en el Tirol. Pero, hombre de Dios, en quince meses, los italianos no han ganado por las armas arriba de cinco kilómetros cuadrados; ocuparon el terreno que el enemigo evacuó buenamente, y pare V. de contar. Pero sobrevino una ofensiva

ga por donde quiera! Pero el deducir porque los alemanes no avanzan que están ya derrotados, me parece una enormidad. Como estimo un colmo que el 14 de julio dijeron ustedes que estaba próxima la reincorporación de la Alsacia-Lorena al sagrado suelo de Francia; esto puede decirse a viudas y huérfanos, pero no me negará V. que no es género de exportación. Conviene tener medida en todo. A fe que no nos vamos a reír poco cuando termine la guerra, leyendo lo que se escribe y perora. Guardo cuantos periódicos puedo, y se los colocaré a ustedes, hasta que pierdan el apetito, en cuanto se firme la paz. ¡Verán ustedes lo que es canela final!

(El señor A).—No será mi persona quien se preste a ese juego cursi.

—Luego admite V. que le desagradará, lo que equivale a reconocer que se arrepentirá de lo que



El acorazado inglés «Marlborough», perdido (?) el 31 de mayo

austriaca, y los italianos fueron de cabeza. ¿Podría V. decirme dónde se encontrarían a estas horas, de no haber intervenido los rusos? Todo lo podía esperar, menos que adujera V. ese argumento. ¿Y quiere V. que hablemos en serio?

(El señor A).—V. todo lo ve bajo el prisma de la victoria de Alemania; no quiere admitir que haya empezado la decadencia de ese Imperio; le parecen invencibles los germanos; nos cree V. sin uñas y dientes, unos pacatos...

—¿De cuándo acá he dicho yo una palabra de eso? Con quien debe V. de irritarse es con los hechos, y no con quienes nos limitamos a contemplarlos imparcialmente. Lo que yo digo y sostengo es que hasta ahora los alemanes son los vencedores; ni una palabra más. Si V. me demuestra lo contrario, lo creeré. ¿Que mañana saldrá el sol por Antequera? ¡Que sal-

inventan sus amigos. ¡Y se obstina V. en convenirme!

(El señor B).—Si los alemanes no atacan, es porque no tienen fuerzas.

—O porque prefieren que las consuman ustedes antes, para luego comerse el resto de la fuente con menos trabajo. Tal es lo que ustedes han estado diciendo durante dos años que se proponían los aliados, de modo que bien puedo yo creerlo de los alemanes.

(El señor B).—No han podido llegar a París ni a Dunquerque.

—¿A cuántos puntos de Francia han llegado, que ustedes no han podido alcanzar?

(El señor A).—Aunque se vuelvan locos de atar, no nos derrotarán.

—¿Y ustedes sí a ellos? Será por el camino del Japón, porque los demás los veo cerrados.

(El señor B).—No cejaremos hasta obtener la victoria completa y final.

—Pues ¡ande V., que son poco testarudos los germanos para cejar antes que ustedes!

(El señor A).—Batallaremos diez años, y si no basta con diez, veinte.

—Peleen ustedes cuanto les venga en gana; no seré yo quien se oponga, aunque sí lo lamentaré. Pero, cuenten ustedes un poquito más con la Divina Providencia y un muchito menos con la pluma y la loca de la casa.

(El señor A).—Los alemanes son bárbaros, sanguinarios, crueles, incultos, atrasados...

—No diga V. más: ahora sí que están irremediablemente vencidos.

(El señor A).—Durante cincuenta años han estado engañando al mundo entero...

(El señor B).—Querían apoderarse de todos los mercados, llenaban de barcos los mares...

(El señor A).—Pretendían monopolizar la química, la filosofía, la medicina...

(El señor B).—Se dieron a fabricar más barato que otros pueblos y...

(El señor A).—Hasta en las bellas artes, en música, en pintura, en arquitectura, en literatura, trataban de ocupar el primer puesto, sin respeto a las gloriosas tradiciones nuestras.

(El señor B).—Su organización económica amenazaba eclipsar a la británica...

(El señor A).—Deseaban codearse con nosotros, alternar con gentes más finas...

(El señor B).—El delirio de grandezas les llevó al deseo de poseer colonias...

—¡Basta, basta, que me abrumen ustedes! ¡Hagan punto! ¡Estoy completamente de acuerdo con ustedes!

SUBRIO ESCÁPULA

LA IMPORTANCIA ESTRATEGICA DE PERONNE

El coronel X, en *Le Journal*, explica en estos términos la importancia estratégica de Peronne, objetivo de los franceses en el primer período de la batalla del Somme:

«Las ciudades no están colocadas en el mapa como los peones en el tablero de ajedrez. Cada una tiene propiedades particulares, un papel determinado. Alrededor de unas, los acontecimientos pasan sin tocarlas, mientras que hay otras eternamente mezcladas en la historia. Peronne es una de las últimas.

«Veamos primero el sitio en que se encuentra. El Somme, que corre delante del invasor, delante de París, semeja una cuerda floja; forma una gran curva, bombada hacia el Norte, entre Bray y Ham, y Peronne se encuentra precisamente en el vértice de esa curva.

«Tales curvas tienen ciertas propiedades. La más conocida, y que esta guerra ha mostrado cien veces, es ser un punto natural de paso. El invasor se despliega alrededor de esas lazadas, relativamente fáciles de envolver, y en su interior, casi como en una península, queda apretado el defensor. El atacante bate de todos lados al defensor, hace insostenible su posición, y por fin franquea el río. De modo que un

invasor llegado del Norte tratará siempre de pasar el Somme entre Bary y Ham, exactamente en las cercanías de Peronne. Esto es lo que hicieron los soldados de Blücher, vencedores en Waterloo, en 1815.

»Actualmente la situación no es la misma. No es ya un agresor que quiere forzar el paso del Somme y avanzar hacia el S.; en realidad los dos adversarios están a caballo sobre el río, los aliados frente al E. y los alemanes mirando al O. Es casi la misma situación de últimos de 1870, pero invertida. En aquella época eran los alemanes quienes atacaban Peronne, como nosotros le atacamos ahora; procedían de Amiens, lo mismo que nosotros; marchaban, como nosotros, mirando al Este; y ocupaban, también como nosotros, la región inmediata a París.

»Al contrario, los franceses venían del Norte, de donde vienen hoy los alemanes; el ejército de Faidherbe se apoyaba en Lille y Cambrai, como hoy el el príncipe de Baviera. De aquí que sea interesante recordar lo que hicieron los alemanes en nuestro lugar, porque su conducta nos permitirá comprender mejor las operaciones actuales.

»Imaginemos un largo valle formando una llanura pantanosa y en la que es difícil se mueva un ejército numeroso; o, mejor todavía, representémos una estrella de valles de tal naturaleza, que se reúnan lo mismo que los rayos al núcleo. Éste se encuentra a corta distancia de Peronne. En 1870 era esta población una pequeña ciudad de 4.500 habitantes, edificada en el mismo valle y dominada por las mesetas que lo encuadran, a unos sesenta metros por encima de las inundaciones del Somme. Estas mesetas vienen a tocar las obras de defensa, que consisten en un viejo recinto abaluartado, de forma rectangular; el lado del N. O. cubre el antiguo castillo en que fué encerrado Luis XI y que sirve de reducto a la plaza. Dos arrabales, el de Bretaña al N. E., y el de París, al S., quedan envueltos por las obras exteriores, que tienen la forma de lo que se llama técnicamente media luna. Los fosos son de agua. Visto desde el S., el caserío aparece como una hilera de casas detrás de estanques, con la torre de la iglesia de San Juan Bautista, que la domina. El Somme mide unos ocho metros de ancho por uno y medio de profundidad a dos metros; sus orillas son muy cenagosas. El canal de navegación que le acompaña es sensiblemente más ancho.

»Los alemanes atacaron por las dos orillas, casi como el ejército Fayolle actualmente. Tenían diez piezas (tomadas a los franceses en la Maisonnette, es decir, en la misma meseta en que nuestra artillería puede dirigir sus tiros de contención hoy contra el valle. Pero, al mismo tiempo, habían dirigido a la 15 división, como cortina, al norte, a Bapaume, para proteger el cuerpo de sitio; fué atacada el 2 de enero por el ejército francés, procedente del norte. Invirtamos ahora los papeles, y comprenderemos fácilmente que la ofensiva francesa contra Peronne, frente al Este, sólo es posible si la cubre una ofensiva inglesa contra Bapaume, frente al norte; el éxito de nuestros aliados en la línea Oivillers-Longueval da seguridad a nuestro flanco izquierdo.

»¿Qué hicieron los alemanes el 9 de enero de 1871, una vez dueños de Peronne? A partir del día 4, pusieron en estado de defensa el castillo de Ham, seis leguas aguas arriba. Efectivamente, la posesión

de una de las dos ciudades no se concibe sin la otra; ambas dominan toda la porción norte-sur de la curva del Somme. ¿Cuál es su papel? Apoyan o amenazan, según los casos, la importante posición Laon-La Fère. Después de 1870, se trató de fortificar de nuevo Peronne, precisamente a causa de su papel de flanco con respecto a La Fère, es decir, con relación al valle del Oise. Se creía entonces que la pequeña plaza del Somme cubriría así la izquierda de las del Oise contra el invasor. Pero hoy la situación se ha invertido. El invasor es quien posee Laon y La Fère, y quien debe de cubrirlos por Peronne; y esta última plaza, una vez recobrada por los franceses, puede servir de punto de apoyo a interesantes operaciones».

¡EN PIE LOS MUERTOS!

En una conferencia dada por Monsieur Maurice Barrés en la Real Academia de Londres, el conocido literato francés leyó los siguientes párrafos, escritos por el autor del hecho, teniente Pericard; constituyen una de las más hermosas y poéticas páginas de la historia de esta guerra.

Era en el Bois Brulé al principio de abril de 1915. Habíamos estado luchando durante tres días y sólo quedábamos un puñado de hombres, fatigados y cortados del resto de nuestras fuerzas por una cortina de fuego. La artillería enemiga se mostraba implacable. Un teniente, cuyo nombre he olvidado, trató de socorrernos, pero fué derribado de un balazo en la cara. Cuando cayó, mis hombres se echaron a llorar. No podíamos dar un paso sin tropezar con un cadáver. De pronto, comprendí lo crítico de nuestra situación. Me abandonó la exaltación que me había producido la batalla. Me asusté. Apoyéme en un parapeto de sacos terreros. Un soldado, Bonnot, permanecía de pie, luchando como un león, uno contra muchos. Entonces, me puse a su lado; su ejemplo me avergonzó. Algunos camaradas se nos reunieron. Declinaba el día. Era imposible seguir en donde nos encontrábamos. A nuestra derecha no había un alma. Detrás de un enorme través que se alzaba a unos treinta metros de distancia, quizás se encontraba alguien. Vacilé, pero por un esfuerzo de la voluntad fuí a mirarlo.

La trinchera estaba henchida de cadáveres franceses, empapados en sangre. Pasé por allí encogido, tímidamente, sólo con los muertos. Poco a poco recobré el valor. Miré a los cadáveres y me pareció que éstos me miraban. Desde la trinchera en que había dejado a mis hombres me contemplaban con ojos de espanto, como si pensarán: «Está corriendo a la muerte». En las trincheras alemanas redoblaron los esfuerzos, y sus bombas cayeron más espesas que nunca. El enemigo se disponía a la carga. Volviéndome hacia los cuerpos rígidos, pensé: ¿será vano su sacrificio? La cólera se apodero de mí. Apenas recuerdo lo que hice y lo que dije; sólo sé que grité

con todas mis fuerzas. «¡Arriba! ¿Que hacéis, tendidos en tierra? ¡Arriba y detened al enemigo! ¡muertos, alzaos!»

¿Me había yo vuelto loco? No, porque los muertos me respondieron. Dijeronme: «Te seguiremos». Y, alzándose, sus almas parecieron mezclarse con la mía y formaron una muralla de fuego. Nada podía detenernos; me encontraba en posesión de la fe que mueve las montañas. Mi voz enronquecida por las órdenes incesantes durante dos días y una noche, se hizo clara y vibrante. Ignoro lo que aconteció. La acción me oscurece la memoria. Sólo recuerdo una desordenada ofensiva en la cual predominaba la figura de Bonnot. Un hombre de mi sección, herido en el brazo, no dejó de lanzar bombas mientras se desangraba. En cuanto a mí mismo, me pareció que me agigantaba, que crecía, que me transformaba en un gigante de fuerza invencible y de extraordinaria lucidez de visión y de pensamiento, que me permitía a la vez ordenar el fuego y evitar las bombas enemigas. Dos veces necesitamos granadas de mano y dos veces las encontramos a nuestros pies, en sacos llenos de ellas, mezclados con sacos terreros. Sin embargo, habíamos estado el día buscándolas sin encontrarlas. Por fin, huyeron los alemanes. Consolidamos nuestra posición en la trinchera de comunicación y quedamos dueños del terreno.

Toda aquella noche y varios de los días que siguieron, estuve dominado completamente por la religiosa emoción que me sobrecogió cuando llamé a los muertos. He vivido horas que jamás olvidaré, horas en las cuales mi cerebro, después de romper su estrecha cárcel, se sumergió en pleno misterio, en el mundo invisible de los héroes y santos. Después, mis hombres me felicitaron. Los que conocen a nuestros soldados, saben que no hay Legión de Honor comparable con sus felicitaciones.

Ya sé que no soy un héroe. Siempre que he tenido que cruzar el parapeto de una trinchera, me he estremecido de espanto, y lo que acabo de describir no es más que un incidente de mi vida de soldado. Fueron los vivientes los que me impulsaron con su ejemplo, y los muertos los que me condujeron de la mano. Mi invocación no salió de los labios de un hombre, sino del corazón de cuantos allí yacían, vivos y muertos. Un hombre era incapaz de hablar en aquel tono. Se necesitaba el esfuerzo unido de muchas almas, exaltadas por las circunstancias, almas muchas de ellas que ya estaban en la eternidad. ¿Porque habré desempeñado este papel y no el coronel de Belnay, o el teniente Erlaud, el sargento Prot, el cabo Thévin o el soldado Bonnot? No lo sé, salvo que uno puede recibir una inspiración desde lo Alto, aunque sea una pobre criatura.

Si alguna vez referís esta historia, no dejéis de citar los nombres de estos oficiales y soldados, porque la gloria corresponde a ellos y a nuestro regimiento. Cuanto más me confundáis a mí con la masa, más cerca estaréis de la verdad. Estoy convencido de que no fuí más que el instrumento de un poder sobrehumano.

LA CAMPAÑA NAVAL

BUQUES MERCANTES ALIADOS Y NEUTRALES
perdidos desde el 4 de agosto de 1914 al 4 de agosto de 1916

N.º	Nombre del buque	Tonels.	Fecha	Sitio	Modo	Nacionalidad	Observaciones
184	Vestland	>	11 Marzo 15	M. Norte	Desaparecido	Danés	
185	Hero	>		Báltico	Torpedo	Sueco	
186	Recolo	>	27 Abril 15	M. Norte?	—	Inglés?	
187	Centre	>	28 — —	Aland	Mina	Sueco	
188	Horodok	>	25 Marzo —	Mar Negro	—	Inglés	
189	Sangerov	>	27 — —	—	—	—	
190	Wocozov	>	27 — —	—	—	—	
191	Romanovka	>	— — —	—	—	—	
192	Donau	>	31 — —	—	—	—	
193	Mobile	>	30 Abril —	I. Lewis	Torpedo	—	
194	Lily Dale	>	— — —	Tyne	—	—	
195	Stirling	>	24 — —	—	—	—	
196	Asforth	>	20 — —	Canal	Desaparecido	—	
197	Edale	15.000	2 Mayo —	M. Irlanda	Torpedo	—	F de T
198	La Fraternité	>	2 — —	Carmarthen	—	—	
199	Svorno	>	31 Abril —	I. Blaskall	Zozobrado	Francés	
200	American	>	3 Mayo —	M. Norte	Torpedo	Ruso	Del U. 23
201	Barbados	>	3 — —	Costa belga	Torpedo	Noruego	
202	Sunray	>	2 — —	Tyne	—	Inglés	F de T
203	Gulf-Oil	5.189	3 — —	I. Scilly	—	—	
204	Fulgent	>	3 — —	Kilrush	—	Yanki	
205	Europe	>	2 — —	Canal	—	Inglés	
206	Columbia	>	2 — —	M. Norte	Cañón	Francés	
207	Baldwir	>	3 — —	Leith	Torpedo	Inglés	Crucero auxiliar
208	Minterne	>	3 — —	I. Scilly	—	Noruego	
209	Laulada	>	30 Abril —	—	—	Inglés	
210	Elsa	>	4 Mayo —	I. Masg	Cañón	Noruego	
211	Jolanthe	>	4 — —	M. Norte	Torpedo	Sueco	Del U. 39
212	Northward	>	— — —	—	—	Inglés	
213	Heros	>	— — —	—	—	—	
214	Uxbridge	>	3 — —	—	—	—	
215	Martaban	>	5 — —	Hull	Mina	—	
216	Mercury	>	— — —	—	Torpedo	—	
217	Eildon	>	4 — —	—	—	—	
218	Scottish Queen	>	5 — —	Helle	Mina	—	
219	José Aramburo	>	5 — —	Aberdeen	Submarino	—	
220	Stratton	>	5 — —	Landsend	Naufogado	—	
221	Progress	>	4 — —	M. Norte	Submarino	—	
222	Rugby	>	— — —	—	—	—	
223	Coquet	>	— — —	—	—	—	
224	Bobwhite	>	— — —	—	—	Francés	
225	Héctor	>	— — —	—	—	Inglés	
226	Zarina	>	6 — —	—	—	—	
227	Earl of Latham	>	6 — —	—	—	—	
228	Merry Slington	>	6 — —	Cork	—	—	
229	Candidato	5.858	6 — —	M. Norte	—	—	
230	Lusitania	31.550	6 — —	M. Irlanda	—	—	
231	Vanadis	904	4 — —	—	—	—	
232	Cathay	>	6 — —	Báltico	Cañón	Sueco	C. auxiliar
233	Centurión	4.495	7 — —	M. Norte	Mina	Inglés	
234	Truro	>	8 — —	—	Submarino	—	
235	Katow	>	5 — —	C. Escocesa	—	—	U. 39
236	Cruiser	>	3 — —	M. Norte	Mina	—	
237	Ellida	>	3 — —	—	Submarino	—	
238	Bluejacket	1.954	19 Marzo —	Beachy Head	—	Sueco	
239	Hyndfort	—	— — —	—	—	Inglés	
240	Delmira	—	— — —	—	—	—	
241	Hellewig	>	9 Mayo 15	—	Mina	—	
242	Don	>	8 — —	—	Submarino	—	
243	Queen Wihelmina	3.500	9 — —	Northumberland	—	—	
244	Martha	118	15 — —	Blyth	—	—	
245	Cáncer	>	22 Abril —	Aberdeen	—	—	
246	Varna	>	17 Mayo —	M. Norte	—	—	
247	Dumoree	>	18 — —	Sulina	Cañón	Ruso	
248	Drumorea *	>	— — —	Trevishead	Submarino	Inglés	
249	Regin	>	23 Febr. —	Barry	—	—	
250	Evelyn	>	— — —	Canal	Mina	Noruego	
251	Transporte n.º 192	>	24 — —	Borkum	—	Yanki	
252	Svarton	>	25 — —	Canal	Submarino	Inglés	
253	Marie	>	25 — —	M. Norte	—	—	
254	Dmufries	>	19 Mayo —	C. Inglesa	—	Sueco	
255	Lucerne	>	19 — —	Cardiff	—	Inglés	
256	Chrysolite	>	20 — —	M. Norte	—	—	
257	Crumorce *	>	18 — —	Kinnaird Head	—	—	
258	Saint Just	>	21 — —	Barry	—	—	
259	Maricopa	>	20 — —	Dartmouth	—	Francés	
260	Ghenhalm	1.968	22 — —	M. Irlanda	Mina	Noruego	
					Submarino	Inglés	

(Continuará)

CRÓNICA MILITAR

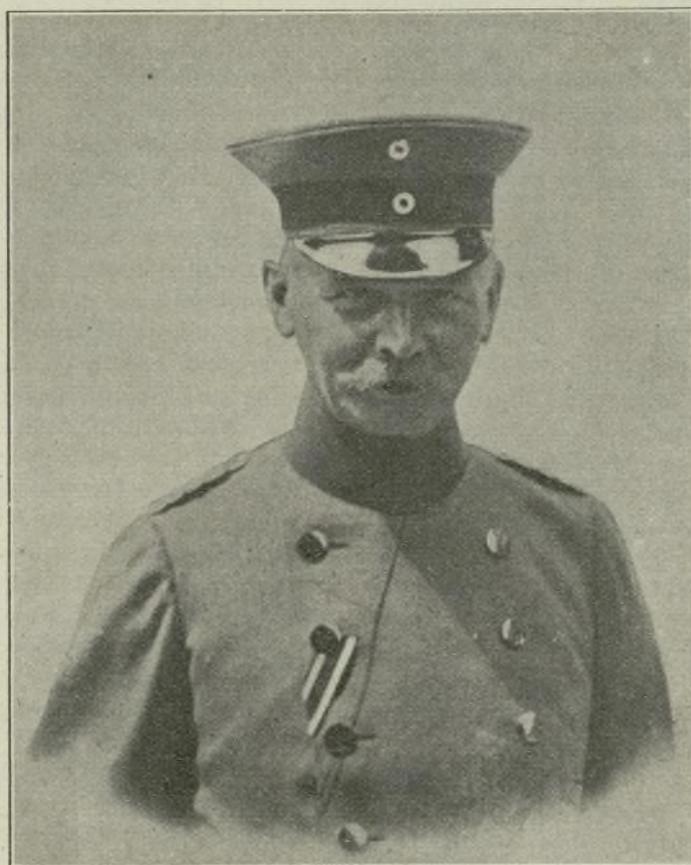
I. Importancia de las municiones en la presente guerra.—II. El momento crítico en el teatro occidental.—III. Verdun y el Somme.—IV. La situación el 3 de agosto.

I.—Importancia de las municiones en la presente guerra

Sin caer en la exageración de muchos periódicos extranjeros, que la victoria es función exclusivamente de la cantidad de material de guerra y municiones de que dispongan los ejércitos, no puede negarse que ambos elementos tienen una importancia primordial.

un gran número de vidas, no existe otro medio de abrirse paso a través de las formidables posiciones que componen los frentes de los beligerantes en el teatro occidental.

Hasta tal punto la dotación de municiones es necesaria para que la ofensiva tenga éxito, que en una reunión celebrada recientemente por los representantes de las principales industrias inglesas dedicadas



General von Falkenhayn, Jefe del Estado Mayor General del Ejército Alemán

Las ofensivas del género de las de Verdun y el Somme se efectúan a base de un consumo prodigioso de proyectiles por parte de un número inmenso de cañones; con el fuego abrumador y asolador de la artillería se destruyen las defensas y abrigos del enemigo, y una vez efectuada esta labor preliminar es cuando la infantería se lanza al ataque. Este método, de éxito seguro si la preparación del atacante es superior a la del defensor, adolece del defecto de la lentitud, porque una vez tomada la primera línea de trincheras, se necesita que avance la artillería pesada, tarea en la que se invierten algunos días, de obligada pasividad para la infantería; hay que comenzar entonces nuevamente la labor de destrucción, pero como ya el defensor está advertido, ha reforzado su artillería y sus organizaciones defensivas, y las nuevas fases del avance van haciéndose cada vez más lentas y de menor amplitud. No obstante, si no se quiere derrochar

a servir los pedidos militares, se leyó la siguiente carta que el comandante en jefe del ejército británico en Francia Sir David Haigh, dirigió al presidente, con fecha 13 de julio:

«Estoy cierto que tendrán ustedes gusto en conocer hasta qué punto las tropas de este ejército aprecian los extraordinarios y abnegados esfuerzos de sus conciudadanos por abastecerles de la cantidad de municiones necesarias, para llevar la campaña a una pronta y favorable terminación.

»En este momento nos encontramos empeñados en la mayor batalla que el ejército británico haya reñido jamás. Nuestro avance diario ha sido constante desde que comenzó la batalla, pero los éxitos de nuestras valientes tropas sólo han sido posibles por los cañones y municiones construídos en las fábricas nacionales.

»Con gran generosidad, nuestros obreros renun-

ciaron a las vacaciones de primavera, habiéndoseles prometido en compensación concederles dos días de descanso en agosto. Comprendo perfectamente lo fatigados que se encuentran, y con qué ansiedad aguardan muchos de ellos que lleguen las vacaciones prometidas. Con todo, tengo la esperanza de que si vieran sus camaradas combatiendo aquí, tanto de día como de noche, con un heroísmo y una determinación superiores a todo elogio, no vacilarían en renunciar a aquellos dos días de descanso, y procurarían mantener y si es posible aumentar la dotación de cañones y granadas, sin los cuales la victoria es imposible.

«Ruego a V. dé a conocer estos hechos a los obreros, y sé que harán este sacrificio que les pido.

«Una interrupción de dos días en el trabajo de las fábricas de municiones puede tener el más desventajoso efecto en nuestras operaciones. Acaso representara la prolongación de la guerra por algunos meses. La presión que hemos conseguido establecer sobre el enemigo no ha de aflojarse un momento. Las tropas están preparadas y anhelantes de proseguirla, pero el continuo abastecimiento de municiones, es un factor vitalísimo.

«El ejército en Francia pide a los obreros de municiones que le faciliten su tarea, y estoy seguro que este llamamiento no será en vano.

«Es menester que toda la nación británica olvide cualquier idea de fiesta general hasta que hayamos logrado nuestro objetivo. Entonces, una rápida y decisiva victoria será el premio que obtendremos».

Aunque a primera vista parezca que un simple descanso de dos días no signifique gran entorpecimiento en la fabricación de municiones, en los gráficos que se presentaron en la reunión de referencia, se demostró que la intensidad de la fabricación sigue un curso notablemente ascendente desde la primavera del año pasado, pero que las fiestas de Navidad disminuyeron la producción hasta igualarla a la del mes de octubre; que las de Pascua del presente año la redujeron a la media de febrero, y que sólo un descanso parcial que se hizo en junio llevó la cifra a la de mitad de mayo; las prometidas vacaciones de dos días de agosto, que en realidad serían tres para los efectos del trabajo, es muy posible que significaran el retorno a la cifra de junio.

Datos tan significativos indican que, si no todas, algunas de las naciones que están actualmente en guerra necesitan dedicar a los abastecimientos del ejército la totalidad de su gran potencia industrial, y esto no de una vez, sino de un modo constante y cada día más intenso. Una guerra que lleva consigo semejantes sacrificios es imposible que ninguno de los beligerantes la considere como normal; para hacer frente a un posible conflicto, los diversos pueblos tendrían que comenzar a prepararse desde el día siguiente a la firma de la paz, pero como evolucionan los armamentos y las municiones también, y además éstas no son de duración indefinida, resultaría que el Estado tendría que hacer un sacrificio económico desproporcionado con sus recursos, sin que a pesar de ello tuviera la seguridad de estar preparado el día de la prueba. Por este motivo, aparte de otros, es de presumir, como ya dije en otra ocasión, que no tardará en sobrevenir una verdadera revolución en esta cuestión del armamento y municiones, y que se abri-

rán nuevos cauces que al mismo tiempo que sean menos costosos, resulten más expeditos y no obliguen a entorpecer el funcionamiento del trabajo nacional. Mucho convendrá a las naciones industrialmente modestas esa nueva orientación, porque de lo contrario habrán de estar a merced todos los pueblos de la tierra del poderío incontrastable de tres o cuatro poderosos. Pero aún a estos mismos les conviene poner término a unos métodos tan ruinosos y lentos como los actuales. La química y la electricidad no han hecho más que aparecer tímidamente en las filas del ejército, y todo induce a creer que el porvenir será suyo. Claro es que, entre tanto, bueno y necesario es acomodarse al actual estado de cosas.

II.—El momento crítico en el teatro occidental

La ofensiva en el Somme se ha ejecutado a favor de una producción de material de guerra de muchos meses de duración. La Gran Bretaña ha realizado un prodigioso esfuerzo, derivando casi toda su poderosa industria en sentido militar. A los catorce o dieciséis meses de esta labor perseverante, ha podido por fin Inglaterra lanzarse a un ataque, que antes no podía emprender, según la prensa de aquel país, por no contar con bastantes cañones y municiones.

No ha llegado Inglaterra al rendimiento máximo de fabricación; de día en día se acrecienta y perfecciona; de modo que si ha tardado dieciséis meses en ponerse en condiciones para asumir la ofensiva puede aceptarse que dentro de otros ocho su empuje, en lo que respecta a material, tendrá una potencia doble, esto es, que en la primavera de 1917 la ofensiva, ahora emprendida en un solo sector, se podrá iniciar simultáneamente en dos, y, por consiguiente, tendrá más probabilidades de éxito que la presente.

Si del elemento mecánico pasamos al humano, todavía Inglaterra puede poner en batalla un millón y medio o dos millones más de hombres, que ya alistados, no han recibido todavía la instrucción militar. De todo lo cual se infiere que en la primavera próxima se ha de decidir—si para entonces no se ha firmado la paz—si Inglaterra es o no capaz de inclinar la balanza a favor de la causa aliada.

Pero, a la vez que se refuerzan los medios de combate y el número de soldados del ejército británico, se acentúa un motivo de debilidad, de vitalísima importancia: la falta de buenos oficiales. Unánimemente la prensa inglesa reconoce esta verdad y la lamenta, sin que haya medio humano de remediarla. Los oficiales osados y bravos se improvisan fácilmente; los capaces de mandar una sección o compañía se encuentran sin gran dificultad; pero los jefes concedores de la guerra moderna, que sepan hacer buen uso de sus elementos, cada día más complicados, que dominan a sus hombres por su mayor saber, experiencia y serenidad en los trances apurados, esos van cayendo poco a poco bajo el plomo enemigo, dejando vacíos irreparables. Abundan las brigadas mandadas por tenientes coroneles y los regimientos cuyos jefes son comandantes. Ha habido necesidad de otorgar gran número de empleos en comisión—cosa no desusada en aquel ejército—y habilitar como capitanes y oficiales subalternos a prácticos sin los conocimientos profesionales indispensables. Por eso

el ejército inglés, pese a la labor enorme que está desarrollando, no pierde su condición de improvisado. Una oficialidad buena y competente es fruto de muchos años y de una gran suma de perseverancia y trabajo.

Prescindiendo de este aspecto de la cuestión, a la par que el ejército inglés se encuentra aún en la rama ascendente, ha comenzado ya a descender su colega el francés. Basta recordar que en el otoño de 1916 cubría todo el sector, hoy encomendado a los ingleses, desde el N. del Somme a Lens, o sea 55 kilómetros más que ahora, y pudo ejecutar la vigorosa ofensiva de Champagne y la tenaz de Artois, muy parecida a la actual. La presión de Verdun es la que principalmente ha motivado esa reducción de energías. Ni hay que extrañar que Francia se encuentre muy padecida, en lo que atañe a efectivos, pues su población es bastante inferior a la de sus adversarios y estuvo a cargo de la República la parte más dura de todo el primer período de la guerra.

Se llega, en conclusión, a la consecuencia de que el máximo de potencia ofensiva de los aliados en el frente occidental ocurrirá en la primavera próxima, pero sin que llegue a ser doble de la presente. Entonces se presentará la verdadera crisis para Alemania, cuyos elementos humanos no sufrirán disminución de nota, pero que tampoco pueden aumentar; habrá de recurrir, como ha hecho últimamente, a prodigar los cañones, ametralladoras y otros ingenios que acaso aparezcan, y seguir derrochando las municiones.

III.—Verdun y el Somme

Aunque el cañón no ha cesado de tronar violentamente en Verdun, las cuatro últimas semanas han sido de calma relativa en aquel sector. Salvo algún pequeño ataque alemán, el sitiador ha detenido su acción de infantería y parece limitarse a batir con sus cañones las posiciones del defensor, para evitar que pueda hacerse fuerte en ellas y encontrarse en mejores condiciones para repeler un asalto de los alemanes, el día en que éstos reanuden sus operaciones contra la fortaleza. Aprovechando esta quietud, los franceses han contraatacado vigorosamente, sin conseguir ningún resultado, si bien es muy probable que el objetivo que persiguieran fuera, más que recuperar parte del terreno perdido, fijar el máximo número de tropas alemanas, siguiendo en esto el mismo principio que el sitiador observó durante cuatro meses.

Al mismo tiempo, la batalla en el Somme no ha ofrecido a los aliados ventajas parecidas a las del comienzo de la ofensiva. Tiempo más que sobrado ha transcurrido para que la artillería franco inglesa haya podido cambiar de posición y batir las nuevas líneas alemanas, preparando los asaltos de la infantería. Suponiendo que así hayan obrado los aliados, el escaso éxito que están obteniendo de un mes a esta parte, debe de atribuirse, no sólo a la presencia de reservas alemanas, sino al aumento de la artillería alemana, que se habrá reforzado hasta el punto de contrabater con eficacia a la del atacante. Si esa artillería procede del interior del Imperio o ha sido enviada desde Verdun, no se sabe; posible es provenga de ambos orígenes.

Según esto, se presenta naturalmente una pregunta: ¿han debilitado los alemanes las fuerzas que tenían ante Verdun, y por consiguiente puede darse como terminada esta batalla, por lo menos mientras los aliados no interrumpan las operaciones en el Somme? A primera vista, esa es la única explicación de lo que está aconteciendo. Sin embargo, si bien se reflexiona, los motivos de la circunstancial pasividad alemana pueden ser de otra índole.



Un cazador tirolés del ejército austriaco

Entre los varios fines que los alemanes deseaban alcanzar mediante el ataque a Verdun, figura en lugar preferente el fijar el mayor número posible de tropas enemigas para impedir o dificultar la ofensiva de los aliados. Los hechos indican que no han bastado los ataques alemanes contra Verdun para que el alto mando francés desistiera de una briosa reacción en otro punto del frente, pero no es menos cierto que si no hubiera sido por la batalla de Verdun, el empuje francés en el Somme hubiera sido por lo menos tres veces más enérgico. Además, que es bien notorio que la causa principal de que los aliados se decidieran a la ofensiva en el Somme fué el deseo de aliviar la irresistible presión que se estaba ejerciendo sobre Verdun.

Dije ya en otra *Crónica* que la principal importancia de la toma de Verdun hubiera sido de índole moral, porque el pueblo francés había hecho, de la resistencia de aquella plaza, la victoria definitiva o la derrota total. La ventaja estratégica de su captura no era tampoco de desdeñar, ni mucho menos, pero esta ventaja quedó en gran parte aminorada desde el momento en que la conquista no fué rápida, porque el defensor ha podido perfectamente organizar nuevas posiciones a retaguardia, en que seguir resistiendo; de la misma manera que, una vez iniciada la ofensiva en el Somme, el espíritu francés ha reaccionado y ya no concede a Verdun la importancia que antes le atribuía. De consiguiente, para que la

conquista de la fortaleza constituya en su día un éxito resonante, capaz de apresurar el fin de la guerra, se necesita ahora algo más que antes, es menester completarla con un empuje enérgico contra el ejército francés, para que la terminación de las operaciones del sitio vaya seguida de una victoria táctica contra la masa principal enemiga.

Obligados los alemanes a enviar refuerzos al Somme, y pendientes de lo que allí pueda acaecer, no es la ocasión presente la más propicia para desarrollar un intenso esfuerzo contra Verdun, porque no teniendo en este sector, sino repartido en dos, el núcleo de tropas principal, no podrían, aunque cayera la plaza, efectuar una maniobra envolvente o de flanco contra el ejército francés en retirada. De aquí la posibilidad de que el aplazamiento de los asaltos en Verdun se deba al deseo de dar más vigor al empuje final, coronándolo con una maniobra más general en las dos alas de aquel sector.

Mientras los aliados no aflojen la presión en el Somme, no parece de temer este golpe alemán, pero si desisten de aquella tornará a cernerse el peligro sobre la masa del ejército francés.

Verdun y el Somme ejercen entre sí efectos recíprocos. A la iniciativa de los alemanes en Verdun, ha obedecido la iniciativa de los aliados frente a Combles y Peronne. Si los alemanes se debilitan ante Verdun, la acción de los franco-ingleses en el Somme se hará más violenta, y si estos últimos renuncian a continuar sus ataques en el último sector, los alemanes volverán a apretar en Verdun. Es un círculo vicioso, cuya salida ha de darla la cifra de pérdidas que padezcan los dos bandos. Aquel que antes quede quebrantado tendrá que ceder la iniciativa a su adversario, y éste tendrá muchas probabilidades de resolver el problema a su favor.

¿Le faltan fuerzas a Alemania? No es de creer. Lo que ocurre es que está aplicando el sistema de desgaste, que si da buen resultado le facilitaría extraordinariamente la acción definitiva. Los aliados fueron quienes preconizaron las excelencias de este método, que han tenido que abandonar, visto que no les conducía a la finalidad perseguida, y, sobre todo, a consecuencia de la situación que se creó en Verdun. Cuanto más dure este período de tanteo, tanto más rápida ha de ser la decisión que ponga término a la guerra.

IV.—La situación el 3 de agosto

Las tropas serbias, enviadas a la vanguardia del ejército franco-británico de Macedonia, han sostenido algunas escaramuzas con los destacamentos búlgaros que guarnecen la frontera.

Se ha confirmado la rebelión de los senussi, que ha motivado un principio de acuerdo entre italianos e ingleses, para defender sus intereses comunes en los territorios de Libia que lindan con Egipto.

Nada digno de mencionarse ha ocurrido en el Cáucaso, ni en Persia, ni en Mesopotamia, ni en el teatro austro-italiano.

Lentamente y con dificultad, los rusos han ido avanzando en la parte de Volinia fronteriza de Galizia. Brody ha caído en sus manos. El centro austro-alemán sigue defendiéndose en sus posiciones, pero el ala derecha, en la Galizia oriental, ha cedido un poco, y el ala izquierda también ha retrocedido en algunos puntos. En Baranovitchi y el canal de Logitschin, lo mismo que en Curlandia, todos los ataques rusos han sido rechazados.

En el Somme, los franceses no han vuelto a emprender ningún ataque general: han ganado algún terreno, y la misma ventaja han obtenido los ingleses al N. de aquel río, a costa de pérdidas inmensas, pero cuya cifra se reserva. Si se puede afirmar que el terreno conquistado no compensa, ni con mucho, la sangre que ha sido menester derramar.

La línea alemana se ha flexado sólo en los puntos atacados, circunstancia que merece ser examinada más despacio, por lo que de ella se deduce.

En el sector de Verdun, ha habido violentísimos combates en el frente que se extiende desde el S. O. del fuerte de Thiaumont—que como es sabido se encuentra hace tiempo en poder de los alemanes,—por la meseta de Soubille, un poco al N. del fuerte de este nombre. Los alemanes han ganado terreno, apresando a un millar de hombres. Es el primer ataque de importancia que ejecutan desde primeros de julio, y probablemente se habrá debido al deseo de aprovechar el cansancio y la debilitación de las tropas francesas, que han estado luchando con tanta abnegación y valor como sin fortuna durante varias semanas, llevadas de su afán de recuperar las defensas de Thiaumont. Este ataque alemán, que parece obedecer más a motivos circunstanciales que a un propósito firme de reanudar los asaltos, afirma una vez más la superioridad combatiente del sitiador, bajo el amparo de su incontrastable artillería pesada.

En el resto del frente occidental no ha habido más que escaramuzas y reconocimientos más o menos vigorosos, principalmente en Champagne. Sorprende la calma que reina en Flandes, región de Ipres, de extraordinaria importancia para los ingleses y en la que los alemanes han tenido siempre grandes fuerzas.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

4 de agosto de 1916.